

## EL PSIQUIATRA Y LA SAMARITANA

**A**LGUIEN recomendó a la melancólica señora Luciana de la Luz que visitase al psiquiatra. La melancólica señora Luciana de la Luz bordeaba los cuarenta y cinco años y era viuda de un registrador de la propiedad que, a falta de procurarse mayores goces terrenos, tuvo con ella la delicadeza de morir joven, dejándole algunos sólidos valores mobiliarios, varias cuentas corrientes de respetable cifra, dos pisos suntuosos en Madrid y un palacio, húmedo y renacentista, en la ciudad de Cáceres.

Alguien —que probablemente fue un muchacho joven y desinteresado, entusiasta teórico de la sociedad sin clases y entusiasta práctico de la cópula abundante y gratuita, lector a saltos de Wilhelm Reich y lector asiduo de comics y revistas porno— en algún lugar —que probablemente fue un viejo café de interior dominado por los tonos púrpura, donde oficiarian viejos camareros exangües, y cuyos ventanales se abrirían a un hermoso paseo en el que no reinarian otra estación que un perenne otoño y otra hora que la de un continuo atardecer— susurró a la melancólica dama la conveniencia de abrir su alma hastiada a un prudente médico del espíritu.

Alguien —que probablemente... etc.— llegó incluso a recomendar a la melancólica (pero, ah, bien dotada de naturales dones) el nombre de un reparador de ánimas, punto equidistante entre el suave bálsamo de la religión y el ceñudo rigor de la ciencia.

La melancólica, a la que un talante entre circunspecto y frígido pre-disponía a caer y recaer en los abismos del aburrimiento, asintió con un levísimo gesto, resignada a mostrar su corazón perfumado —perfume de



rosas antiguas, de barroca estancia cerrada y de aria cantada por una adolescente enferma de amor— al curador de espíritus.

La casa de psiquiatra no presagiaba —immer, ay, der dichoso Kapitalismus— sensibilidades especiales ni prodigiosos recursos curativos; antes bien, todo en ella era vulgar y hasta miserable: desde el portal desconchado y abominablemente pintado de ocre, hasta el jadeante ascensor de paredes tatuadas, desde el impertinente sonido del timbre hasta la cretona floreada y sucia del tresillo del recibidor, desde las baldosas sueltas a las destenidas cortinas, a las ajadas láminas románticas con escenas bucólicas, a las pálidas flores artificiales, al espejo mal azogado que sólo alcanzaba a devolver nubladas y muertísimas imágenes.

El psiquiatra, que era de una dudosa juventud, adolecía de un inseguro mirar azul que quería compensarse con el uso de un lenguaje medido con técnica severidad. Mientras miraba al techo, oía la melancólica el fluir de una como crestería de palabras, de la que el ritmo ya que no el concepto le producía encantamiento. No la ciencia, sino el arte, cautivaba a la dama, cuya serena belleza en reposo —hermosura del alabastro bañado en la media luz—despertaba a su vez en el sanador por la palabra algo así como un pronunciamiento del alma que embalsamaba de emoción discretísima su pulcro discurso.

Y así fue como la casa ocre con macetas en los alféizares soieados, la callecita empinada de suburbio y la insegura mirada azul (a la que servía de compensación la voz metálica y firme y el léxico implacable) se adentraron más y más en el corazón de la apática señora, y la acompañaron meses y años, como una costumbre salubre y placentera, algo así como el anisette que ayuda a una buena digestión mientras se escucha una melodía amable.

Así fue como tres días a la semana, de cinco a seis de la tarde, el raído gabinete, sofocante en verano y gélido en invierno, transmutaba su deplorable naturaleza al recibir la suniuosa presencia autumnal, la yacente serinidad marmórea. La diosa ligeramente lánguida, que condescendía puntualmente a hacerse patente, poblaba con su voz despaciosa el aire, amueblándolo de surtidores y cristal finísimo.

\* \* \*

La despedida llegó una tarde indiferente del mes de mayo, mientras de la calle subían el ruido de los automóviles y las voces de unos niños que



*volvían de la escuela. La dulce y comprensiva deidad aludió esquivamente a un largo viaje y tendió sin efusión la mano perfecta, un poco fría para la estación. El psiquiatra la siguió hasta el ascensor renqueante y recibió, cuando las puertecillas acristaladas se cerraban, la última mirada, grave y bondadosa, de la bella.*

\* \* \*

*Luego vino, ¿cómo decirlo?, lo inesperado: la inexpresiva carta del notario "para asunto de su interés", la notificación de que la melancólica había muerto en la alcoba de un viejo hotel de Budapest, el Gran Hotel Royal, en la avenida de Lenin, en circunstancias particularmente..., a consecuencia de una ingestión masiva..., la finada carecía de familiares..., y nombraba heredero a su médico, en reconocimiento de...*

\* \* \*

*Pasados muchos años, cuando sus ojos habían adquirido una convincente firmeza profesional, y cuando a su alrededor se apiñaban los discípulos deseosos de recibir la luz del Oráculo, el ilustre psiquiatra gustaba recordar como el mayor de sus resonantes éxitos clínicos el caso de la melancólica señora.*

